

WILHELM TELL, DE FRIEDRICH SCHILLER, Y LA SUPERACIÓN ESCÉNICA DE LA BARBARIE

Wilhelm Tell, von Friedrich Schiller, und die
szenische Überwindung der Barbarei

Juan Lázaro Rearte

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Buenos Aires

Instituto del Desarrollo Humano

Universidad Nacional de General Sarmiento

juanlazar7@hotmail.com

Resumen

Rudolf Malter considera que en la obra de Friedrich Schiller se ven tensionadas la fuerza del progreso y los retrocesos ocasionados por la barbarie, pero lo que realmente caracteriza al hombre representado en su comunidad es la búsqueda de su perfeccionamiento moral. En la última etapa de la obra dramática de Schiller, la confianza en el triunfo de la humanidad sobre la barbarie aún refulge y se expresa en la representación del pueblo como un antagonista escénico que puede conformar un ideal de Nación.

Consideramos que en *Wilhelm Tell* (1804) se afirma el gesto moderno del drama al expandir, y no profundizar, las contradicciones. En *Wilhelm Tell*, la expansión del conflicto al ámbito público posterga los dilemas del héroe y permite integrar en la voz del pueblo la postulación del deseo colectivo como fundamento de la voluntad política. Caracterizaremos la conformación del pueblo como sujeto político, para lo cual será necesario definir su ubicación y su participación inicial en el conflicto así como su maduración y transformación a través de su disposición a la acción y de su relación con el héroe.

Palabras clave: teatro; ilustración; romanticismo; héroe; estado.

Zusammenfassung

Rudolf Malter erwägt, dass sich im Werk von Friedrich Schiller die Kraft des Fortschritts und der Rückschritte gegenüberstehen, verursacht durch die Barbarei. Aber was den Menschen, als Vertreter seiner Gemeinschaft, wirklich charakterisiert, ist die Suche nach moralischer Vervollkommnung. In der letzten Phase der dramatischen Werke von Schiller leuchtet sogar das Vertrauen auf den Sieg der Menschheit über die Barbarei und drückt sich in der Darstellung des Volkes als Gegner, der ein Ideal der Nation bilden kann, aus. Betrachten wir, dass sich in *Wilhelm Tell* (1804) die sich ausweitende moderne Form des Dramas bekräftigt und nicht die Widersprüche vertieft. In *Wilhelm Tell* stellt die Ausdehnung des Konfliktes auf eine öffentliche Ebene die Dilemmata des Helden zurück und ermöglicht die Bitte des kollektiven Wunsches als Fundament des politischen Willens in die Stimme des Volkes aufzunehmen. Bezeichnen wir die Bildung des

Volkes als politisches Subjekt, für das es notwendig wird seine Stelle und anfängliche Teilnahme im Konflikt und ebenfalls seine Reifung und Transformation durch seine Bereitschaft für die Handlung und seine Beziehung mit dem Helden zu definieren.

Schlüsselwörter: Theater; Aufklärung; Romantik; Helden; Staat.

Expansión del conflicto

Uno de los aspectos formales que más inmediatamente se destacan en las primeras escenas del drama (Schauspiel) Wilhelm Tell (1804), de Friedrich Schiller, es la confrontación entre el orden feudal, legitimado por el derecho consuetudinario y que se pretende natural, y la violencia que viene de un orden artificial, del otro lado de las montañas. En el primero, el orden comunitario está tejido por las tradiciones, por un legado cultural y político explicitado en la práctica cotidiana y primaria de la producción y en su ingenua interpretación:

RUODI.- ¡Qué bien le va a la vaca ese collar!

KUONI.- También ella sabe que conduce el rebaño. Si se lo quitara, dejaría de pacer. (I, i, 362)

Esa sencilla concepción del orden muestra un vínculo entre producción y naturaleza y crea una cierta indeterminación entre la condición del animal y del hombre. Por otra parte, el orden violento del emperador habsburgo trata de disolver estos lazos, sustituir su cuerpo de creencias por símbolos de la

omnipresencia de su poder como el sombrero expuesto en Altdorf, que, en suma, pretende “enseñar a doblar la cerviz” (IV, iii, 478). En efecto, si las variaciones del Kühlrein del pescador, del cazador y del pastor representan la experiencia del trabajo como un *continuum*, la persecución de la que viene siendo objeto Baumgarten por las tropas de Gessler muestra cómo el poder de los Habsburgo se legitima destituyendo todo principio moral: Wolfenschiessen fue muerto por Baumgarten con su herramienta de trabajo, con su hacha, luego de que intentara ultrajar a su esposa. Ejerciendo su “justo derecho” (I, i, 363), Baumgarten hace –afirma– “lo que todo hombre libre hubiera hecho” (*ibid.*), es decir que esta acción no entraña un conflicto sino en la medida en que se expande para establecer, principio del drama moderno, una acción subsiguiente, un nuevo crimen del Estado que busca perpetrarse con la persecución del aldeano. La desinteresada intervención de Wilhelm Tell, que salva la vida del fugitivo poniendo en riesgo su propia existencia, es posible por el talento del cazador para someter la naturaleza, y así como Baumgarten realiza la acción de un hombre libre, Tell considera que el “hombre valiente piensa en sí mismo en último lugar” (I, i, 366). Estos principios ilustran cómo se estructura la ética de una comunidad, y sin embargo no son suficientes para organizar una nación. Esto es lo que lamentan los pastores que ven quemar sus chozas y diezmar sus rebaños: “¡Cuándo llegará el salvador de este país!” (I, i, 368), suspira Ruodi.

El drama de Schiller prevé que el conflicto se expanda a través de las acciones criminales de Wolfenschiessen, Landenberg y sobre todo de Giessen, todos ellos ejecutores de la violencia del Estado y que no tienen el espesor de Franz Moor ni la ambición de Felipe II. Sus acciones no van más allá de

consolidar el poder imperial y de desarticular la esfera pública y las formas de organización tradicionales. Y no es precisamente por medio de la profundización de la contradicción del régimen feudal, cuando de hecho se recusa el “método revolucionario de destruir el feudalismo” (Lukács 1968: 146), que se postula una nueva identidad colectiva. En palabras de Gertrud, la zozobra de su marido Werner Stauffacher no puede deberse a la economía: “tu fortuna prospera, llenos están tus graneros” y “tu casa se levanta cual noble mansión” (I, ii, 369), ni siquiera es un dilema en su concepción de la propiedad que ésta se halle en feudo. El problema, responde Stauffacher, es que “tiembla la tierra sobre la que está edificada” (I, ii, 369). Una vez más, esta idea de conmoción no entraña la profundización de los conflictos, sino la articulación de las causas y de los vínculos de esos desplazamientos de las estructuras tradicionales.

Consideramos que la nueva configuración social que busca plasmarse debe proyectar su unidad partiendo de un origen compartido, pero especialmente a través de su diversidad. Schwyz, Uri y Unterwalden comparten la tradición de los viejos emperadores, también formas de producción y mitos, pero en su diversidad actual comparten sobre todo que son igualmente objeto de violenta explotación. Si Gessler sacude la pacífica tierra de Schwyz, Gertrud, con un lúcido diagnóstico propone a su desconcertado esposo un plan de acción que lo despierta a la realidad del conflicto:

¡Oh, mujer! ¡Qué tempestad de peligrosas ideas despiertas en mi pecho tranquilo! Me haces ver a la luz del día mis más íntimos pensamientos y aquello que yo me prohibía incluso pensar en silencio tú lo expresas audazmente y con lengua ligera. ¿Has meditado bien lo

que me aconsejas? Es la discordia salvaje, el chocar de las armas lo que tú llamas a este pacífico valle. (I, ii, 372)

La palabra de Gertrud postula la noción de comunidad con una clave nueva, la voz de la mujer en la política que es parte de una reconfiguración de los vínculos, ya no de obediencia y leal vasallaje, sino de conciencia y reflexión. Si bien “la guerra es una plaga furiosa y terrible (que) alcanza al rebaño y al pastor” (I, ii, 373), principio universal y resignado, para Gertrud una moral cristiana y una ética moderna se conjugan por medio de una restricción: “Hay que soportar lo que el Cielo nos envía; más la injusticia no la soporta ningún noble corazón” (*ibid.*) La organización de la comunidad requiere entonces de la expansión del conflicto, sólo así el drama puede alcanzar su resolución, aunque Stauffacher impugne la reflexión de Gertrud por confiar “en sentimientos de humanidad”, la acción impulsa la liberación y sólo resta actuar: “Mira delante de ti, Werner, y no detrás de ti” (*ibid.*). Y si, como considera el rico labrador, una mujer no puede morir peleando valientemente, por el contrario, para su esposa “una resolución extrema siempre es posible, incluso para el más débil” (*ibid.*) si se trata de obtener la libertad.

Aislamiento y desarrollo de la comunidad a través del ideal de formación

Para Rudolf Malter (1991), la matriz kantiano ilustrada del pensamiento de Schiller permite concebir que el progreso lineal de la historia se ve interrumpido u obstruido por la recurrente caída en la barbarie del hombre, asimismo estos “retrocesos o momentos de decadencia” (Malter 1991: VIII) deben corregirse por su acción virtuosa, espontánea y creativa

que tienda a su perfeccionamiento moral. Aunque se ha señalado que ese optimismo se ve fuertemente eclipsado con *Wallenstein*, donde el ciego azar revela el vacío y el caos más allá del drama, también es cierto que esa incertidumbre se había representado –tempranamente– en *Don Carlos*, una vez concluido el derramamiento de sangre, ideado mucho tiempo atrás por el Inquisidor. Es clave entonces percibir la reaparición de una perspectiva emancipatoria, si bien no en la plenitud del programa de la Ilustración, sí como conciencia estética del espectador, lo cual nos permitiría hablar de una superación escénica de la barbarie de la opresión a través de la recreación escénica de una comunidad.

En esa comunidad imaginada, el rol de la mujer se contrapone a un ideal doméstico y pasivo. Así como vimos que Gertrud inyecta ideas perturbadoras en las convicciones de Stauffacher, Hedwig también ve más allá que Tell y advierte el peligro inminente cuando este desea emprender la marcha a Altdorf. Su angustia se debe a que interpreta la trama política que amenaza a su esposo y con ella el terror por la suerte de su hijo Walter le da a la maternidad un signo político.

La conformación de la comunidad es una reacción, por un lado, al simbólico emplazamiento de la fortaleza y, por otro, a la declinación del orden anterior. Si bien Attingshausen es referido como el noble “de alta estirpe” (I, ii, 374) al que Stauffacher quiere acudir, un hombre de “estatura elevada y majestuosa” (didascalia, 392) amante de su pueblo, es igualmente cierto que es un anciano apegado a las viejas tradiciones. La nobleza inicia, como propone Robert Jamison (1985), una marcha hacia su disolución y una urgente integración a la nueva comunidad en las ciudades. El rol de los

trabajadores que levantan la prisión, “la tumba de la libertad” (I, iii, 383), como la llama Fürst, es poco menos que el de prisioneros sometidos a trabajo forzado, sus cuerpos alimentan, tal como lo hace notar el vigilante, el crecimiento de la construcción que servirá para alojar a los enemigos del gobernador. Frente a esta condición marginal de los trabajadores hay que destacar una identidad unilateral, aislada en su radicalidad moral. Wilhelm Tell, que no interfiere sobre la brutal explotación, afirma que “lo que los hombres levantaron, los hombres lo pueden derribar” (I, iii, 377), como si se tratara de una acción que lo excluye. La máxima “el que está aislado se salva” (I, iii, 379) no fundamenta la autoconservación, sino que es un principio frente a la violencia y el caos. Tell pretende que el régimen tradicional perdure en los ámbitos domésticos, frente al terror político y cuando Stauffacher intenta persuadirlo de pasar de las palabras a la acción, el cazador responde “Por el momento, el único hecho es paciencia y silencio” (I, iii, 378), y si cada uno vive “en su casa tranquilamente”, se le concederá la paz (I, iii, 379).

El cazador Wilhelm Tell se declara aislado, no se trata sólo de su condición solitaria, sino que considera que de ese modo puede defender mejor su hogar y su familia. Reafirma su renuncia a cualquier debate o decisión con dos aserciones: “El hombre fuerte es más poderoso cuando está solo” y “En el naufragio, uno se salva más fácilmente si está solo” (I, iii, 379). Dos máximas que anticipan su carácter unilateral pero también su talla heroica, una vez cuando salve al gobernador empuñando el timón del barco que lo lleva a la prisión de Küssnacht, y otra vez cuando en la soledad de una torrentera lance la flecha que termine con la vida de Gessler.

Creemos que el aislamiento de Tell es necesario para que se consagre la conformación de la comunidad por medio de un nuevo mito, para dar respuesta a la pregunta de Ruodi sobre la llegada del salvador del país. El proceso de descomposición del régimen feudal se comprueba con la incapacidad del señorío para evitar la usurpación de los bienes de los confederados, la presencia de conspiradores y espías cuando no las partidas militares que incendian y asesinan. Melchtal, cuyo padre fue sometido a la tortura por los soldados de Landenberg, convoca a sus compatriotas a Rütli, pero excluye a los nobles: “¿Qué necesidad tenéis de los nobles? ¡Terminemos solos nuestra obra! ¡Ay! Si estuviésemos solos en el país, creo que sabríamos bien protegernos nosotros mismos” (I, iv, 390).

Si Tell evoluciona de héroe solitario al que le falta el brazo si no tiene la ballesta (III, i, 426) a héroe colectivo que, en la última escena del acto V, encarna la transformación de la comunidad en una Confederación, Schiller también propone un despliegue del problema de la identidad nobiliaria. Ulrich von Rudenz, el sobrino de Attingshausen, es, inicialmente, la contrafigura escénica de Tell: considera de bajo rango ser señor de aldeanos, su patria se volvió extraña para él, desprecia el trabajo cotidiano y la cultura local (se burla, por ejemplo, de la monotonía del Kühlrein), las sedas y las plumas son su debilidad e imagina, sobre todo, “un mundo de proezas” más allá de las montañas (II, i, 396). La discusión del barón con su sobrino radicaliza en la cuestión de la legitimidad la distinción entre el orden feudal y el despotismo palaciego. Si bien Attingshausen reconoce que otros tiempos están llegando y que su época ya “reposa bajo tierra” (II, i, 400), aún tiene

fuerzas para impugnar el absolutismo¹ y para invocar un derecho natural:

¿Y he de esperar que, a la hora de mi último suspiro, tú no esperarás más que a ver cerrados mis ojos para correr ante el nuevo Tribunal de investiduras a recibir de Austria mis nobles bienes, que yo mismo he recibido libremente de Dios? (II, i, 397)

En la extensa escena en la pradera de Rütli, Schiller expone los acuerdos necesarios para pasar de la palabra a la acción. La descomposición del régimen feudal y el avance del Estado absolutista llevan a que los confederados se atribuyan la representación política. Para Melchtal “Si numéricamente no estamos todos, aquí está sin embargo el corazón de todo el pueblo; los mejores están presentes” (II, ii, 408). Al discutir la impronta revolucionaria del texto, Karl Guthke (2018) considera que la organización de la revuelta en Rütli se corresponde con un ideal de formación por encima de un proyecto revolucionario y que parte del orden estamental que regía, como dice el párroco Rösselmann, “en los períodos de tranquilidad”. Esto es importante para entender el carácter transicional de la situación, pues “lo que hay de ilegal en la asamblea está excusado por la necesidad de los tiempos” (II, ii, 408). Asimismo, el proceso de organización de la comunidad conlleva acuerdos entre adversarios, Reding y Meier, y diferencias sobre la autonomía política que pretenden alcanzar y que son dejadas de lado para, en cambio, resolver la

¹ El pensamiento colonial de Rudenz sorprende por su transparencia y elocuencia “En vano resistimos al rey: el mundo es suyo. ¿Queremos nosotros ser los únicos obstinados, inflexibles y tozudos, y romper la cadena de países que poderosamente ha tendido a nuestro alrededor? (II, i, 397)

presidencia de la asamblea en el aldeano Ite Reding. En efecto, Schiller remite a los confederados al linaje cultural y social para que establezcan un acuerdo, y es el moderado Stauffacher quien aclara: “Nosotros no formamos una nueva alianza, renovamos la antigua amistad que data del tiempo de nuestros antepasados”, para luego, ante la falta de la Carta de soberanía, remitirse extensamente al mito fundacional que está en la memoria colectiva, en las canciones y en los relatos que “cuentan los viejos pastores” (II, ii, 410). Schiller considera que el ideal de formación de la comunidad se proyecta por esta memoria compartida, y se plasma, fundamentalmente, en la escena de Rütli, que simbólicamente concluye con los rayos del sol que se levantan sobre las montañas.²

Hemos visto que Schiller atribuye un rol activo y decisivo a las mujeres, a Gertrud y a Hedwig por su perspectiva del conflicto, una por alentar a su marido a la lucha y la otra por intentar proteger a Tell. El rol de la rica heredera Berta von Bruneck también participa de una transformación decisiva para la resolución del drama, porque primero denuncia a Rudenz y luego lo intima a cumplir con el “deber más hermoso”, el de “ser defensor del inocente y proteger el derecho de los oprimidos” (III, ii, 430). El giro en la posición del joven enamorado es inmediata, lo estimula el amor por Berta y abraza la causa nacional a la vez que quiere ver en su –ahora– prometida (“corona de todas las mujeres”, III, ii, 433) la suma de la “encantadora actividad femenina” (*ibid.*): belleza, fertilidad y hogar. No debe omitirse aquí que Berta proyecta junto a la libertad de su pueblo, su propia liberación, si bien no

² Guthke considera el signo revolucionario del sol, pero también sugiere tener en cuenta el símbolo de lo eterno que consagra la unidad del pueblo.

de los lazos patriarcales, sí de un vínculo aún peor, el de ser llevada a la corte, donde le “reservan las cadenas de un matrimonio detestado” (III, ii, 431).

La transformación política de Rudenz y la prueba a la que el tirano Gessler somete a Tell llevan al drama a la mayor tensión, donde coinciden ambas figuras en abierto desafío al gobernador por medio de la palabra, cuando hasta entonces Rudenz había negado todo vínculo con su identidad y Tell había hecho propia la premisa del silencio. Por este desafío y por el apresamiento de Tell, que confiesa que había guardado una flecha para darle muerte a Gessler, se impulsa la unión de nobles y de aldeanos y se precipita la acción hacia la formación del espectador como ciudadano.

Conclusión: soberanía política y económica en escena

Una vez más, nos remitimos a Guthke para señalar la función política de la dramaturgia de Schiller por encima de un programa político dirigido a interpelar la realidad presente. Prueba de esto es que el paso decisivo para la formación de la conciencia estética, como superación humana de la barbarie, se da cuando Attingshausen declara muerta la nobleza y se refiere a ese acontecimiento como un avance en la historia:

Si el aldeano ha tenido el valor de tener tal confianza en su propia fuerza, en sus propios medios, y sin la ayuda de los nobles..., sí, entonces ya no tiene necesidad de nosotros, ya podemos descender consolados a la tumba..., y la grandeza de la Humanidad quiere conservarse con otras nuevas fuerzas. (IV, ii, 466)

La consolidación de la soberanía política y económica es producto de una nueva configuración de los estamentos, puesto que “la nobleza baja de sus antiguos castillos a las ciudades para prestar en ellas juramento cívico” (IV, ii, 466) y para modificar también la producción rural y extenderla a las corporaciones e industrias, como en las ciudades de Freiburg y Zürich.

El monólogo reflexivo de Tell en la torrentera y a poco de ejecutar la acción definitiva del drama representa la superación del silencio, de su aislamiento y su nacimiento a la ciudadanía. Esa superación se logra por la plenitud de su conciencia y de su capacidad de decidir. Si bien el crimen no es ideado como parte de la acción soberana del pueblo, al pretender liberar a sus hijos del terror contribuye con la campaña emancipatoria:

Tú me has hecho salir con terror de la paz en que vivía. La leche de las piadosas ideas tú me la has cambiado por el hirviente veneno del dragón. Tú me has acostumbrado a lo espantoso (...) El emperador te había enviado a estos países para hacer justicia, una severa justicia, porque está irritado; más no para cometer con impune audacia todos los horrores que te dicten tus criminales deseos. (IV, iii, 472-473)

Podemos concluir que en el nuevo acuerdo bajo el que se organiza la comunidad, Tell renuncia a la violencia luego de ejecutar a Gessler y abandona su ballesta, hasta entonces una extensión de su brazo, Melchtal y su padre perdonan la vida de Landenberg y Juan el de Suabia debe peregrinar a Roma para encontrar el perdón por su crimen. Las palabras del reflexivo Tell distinguen su crimen del del magnicida: “Yo he vengado a

la sagrada naturaleza que tú has profanado (...) Nada tengo de común contigo (...) Tú has asesinado; yo he defendido lo que me es más querido” (V, ii, 500). Asimismo, Ulrich von Rudenz cumplió su formación y, como Schiller en su “Anuncio de la Talía Renana”, renunció a ser “criado de un príncipe” (II, i, 397) y al emancipar a su vez a sus siervos alcanzó una ciudadanía plena, incondicionada, una “ciudadanía del mundo”. Wilhelm Tell y Ulrich von Rudenz logran superar la caída en la barbarie con la postulación de una nueva conciencia colectiva.

Bibliografía

EGGELTE, Brigitte, “El *Tell* de Schiller, su pervivencia a través de las citas”. En: AROCAS MARTÍNEZ, Nuria y otros (eds.) *Friedrich Schiller: Estudios sobre la recepción literaria e interdisciplinar*. Valencia: PUV, 2008. pp. 41-54.

GUTHKE, Karl, “The Curse of Good Deeds: Schiller’s *Wilhelm Tell*”. En: *Exploring the Interior. Essays on Literary and Cultural History*. Cambridge: Cambridge University Press, 2018. pp. 263-288.

JAMISON, Robert, “From Edelmann to Eidgenosse: The Nobles in *Wilhelm Tell*”. En:

The German Quarterly 58. 4 (1985): pp. 554-565.

MALTER, Rudolf, “Schiller como filósofo de la historia”. En: SCHILLER, F. *Escritos de filosofía de la historia*. Murcia: Universidad de Murcia, 1991, pp. VII-XXI.

SCHILLER, Friedrich, *Wilhelm Tell*. Trad. de Manuel Tamayo Benítez. Madrid: Labor, 1951.

SCHMIDT, Josef, *Erläuterungen und Dokumente. Friedrich Schiller Wilhelm Tell*. Stuttgart: Reclam, 1969.